Huellas de la hispanización de Carlos V

Luis Miguel Enciso Recio
Universidad Complutense de Madrid

¿Qué papel estaban llamados a desempeñar en el colosal conglomerado imperial los distintos componentes políticos de la herencia de Carlos V? Más concretamente: ¿cuál era la función de España o, por decirlo con mayor exactitud, de la Monarquía Hispánica?

España en el sistema imperial

Peter Rassow es, tal vez, el mejor definidor de una idea de conjunto. «Considerado dentro de su tiempo», decía Rassow, «Carlos V se alza sobre nosotros como arquitecto que labora en la obra del Imperio Cristiano valiéndose para ello del poder de España. En tanto, empero, que trata de elevar a soporte del Imperio a esta España creada por él, se convierte, por su obra histórica, cuyas energías actúan sobre el futuro, en el fundador del moderno Imperio español»[1].

¿Fue Carlos V leal a su herencia española[2], se mostraron los españoles afines en todo caso, en todo momento, al sistema imperial?

«La hispanización del Imperio de Habsburgo», ha escrito F. Braudel, «será progresiva. Se hizo poco a poco gracias al vigor de Castilla apoyada por la inmensa fortuna americana. Con los tesoros del nuevo mundo, toda la vida europea va a acti-

[1] RASSOW, P., *El mundo político de Carlos V*, Madrid, 1945, 15.

[2] Así lo ve Sánchez Montes en un libro, a la vez, clásico y renovador: SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Madrid, 1951. He aquí como interpreta SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses..., op. cit.,* págs. 128-129, la hispanización del César: «Incorporarse el legado de los Reyes Católicos, tomar sobre los hombros la continuidad de la tradición española, elevarla a una concepción universal sin detrimento de sus peculiares características, conseguir la adhesión incondicional de quienes ofrecían caras ceñudas..., todo esto fue el feliz e inesperado desenlace de la hispanización del Emperador».

varse, los precios suben y con ellos los enormes gastos de la guerra. En el Imperio inmenso de Carlos V, no habrá más que un tesoro, una economía vigorosa, la que va de Sevilla a Madrid y que luego se difundió a través del mundo. Los presupuestos de todos los demás estados de Carlos serán deficitarios, y Castilla se convertirá en el corazón del Imperio. Pero esa geografía apremiante no se afirma hasta 1552. Concierne mucho menos a Carlos que a Felipe»[3].

Diversos autores, con todo fundamento, han subrayado la importancia que la persona y la personalidad del César tuvieron en la construcción de una política esencialmente plural y respetuosa con las sociedades, las dinastías y las tradiciones nacionales distintas que le tocó heredar y regir, «Los fundamentos reales de la gran monarquía carolina», escribía hace algunos años José M.ª Jover, «han de ser buscados en los paisajes, en las economías, en las sociedades y en las ideas de las comunidades políticas integradas en aquéllos»[4].

La etapa de las tensiones

La hispanización del César es un tema clásico, permanente renovado y con perfiles distintos en la hora actual respecto de la historiografía clásica.

La progresiva influencia española en el Emperador fue estudiada, desde fecha temprana, por múltiples autores. Citemos, entre los pioneros, a Aurelio Viñas, J. M. Doussinague[5], R. Menéndez Pidal[6], A. Ballesteros[7], V. Palacio[8], J. M. Jover[9], J. Sánchez Montes[10], Seco Serrano[11], Reglá[12] y G. Gibbs[13]. Luego ha crecido mucho la bibliografía en torno al tema.

Son conocidas, en lo fundamental, las circunstancias de la llegada de Carlos a España, en 1516; la entrevista con su madre y la primera época de gobierno carolino antes de viajar a Alemania para la elección imperial[14]. Los especialistas se han

---

[3] BRAUDEL, F., *Carlos V y Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, págs. 43-44.

[4] JOVER, J. M., *Carlos V y los españoles*, Madrid, 1963, pág. 31.

[5] DOUSSINAGUE, J. M., *La política exterior de España en el siglo XVI*, Madrid, 1949.

[6] MENÉNDEZ PIDAL, *La idea imperial de Carlos V*, Madrid, 1940. Del mismo, «Los Reyes Católicos según Maquiavelo», en *España en su historia,* Madrid, 1957, págs. 24-55, y «Carlos y las Comunidades», en *España en su historia*, págs. 65-90.

[7] BALLESTEROS, A., «Epílogo» a la traducción española de K. BRANDI.

[8] PALACIO ATARD, V., *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, Madrid, 1949.

[9] JOVER, J. M., *Carlos V y los españoles*, Madrid, 1963. También, del mismo «La Alta Edad Moderna», en *Arbor*, 26 (febrero 1948), págs. 157-184

[10] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V,* Madrid, 1951.

[11] SECO, C., «España y el Emperador», en *Estudio Carolinos*, Universalidad de Barcelona, 1958.

[12] REGLÁ, J., «Carlos V en Cataluña», Homenaje de la Universidad de Granada a Carlos V, 1958.

[13] GIBBS, J., *Vida de fray Antonio de Guevara (1481-1545)*; Valladolid, 1960.

[14] Un cuadro de conjunto sobre la España carolina en CHAUNU, P., *La España de Carlos V. Las estructuras de una crisis*, Madrid, 1976. Las síntesis más completas y mejor elaboradas son las de FER-

referido a la personalidad, inmadura y vacilante todavía, del futuro César a los efectos y consecuencias de la educación borgoñona, al desconocimiento de la lengua y las costumbres españolas; a las relaciones, no siempre armónicas, entre la Corona de Castilla y Flandes y a las desacertadas directrices de sus consejeros flamencos.

Para reproducir la situación nos bastarán dos testimonios.

El primero es la carta dirigida a Cisneros por Alonso Manrique, obispo de Badajoz y un tiempo residente en Flandes. El dignatario viene a decir que «Carlos conocía poco de España y de los españoles y que la mayoría de sus conocimientos eran erróneos»[15].

No muy otra es la impresión de Joseph Pérez, un gran especialista de la etapa. El 18 de noviembre de 1517 Carlos V hace su entrada solemne en Madrid. «L'effet», describe Pérez, «est desastreux: Charles ne parle pas un mot d'espagnol; il est entoure'de Flamands qui se conduisent comme en pays conquis, ils se partagent les places, les sinecures et les prébendes; Guillaume de Croy fait attribuer à son neveu, un jeune homme de dix-huits ans, l'archevêché de Tolède, le plus riche bénéfice d'Espagne, vacant à la mort de Cisneros. Aux Cortès, réunies à Valladolid, les députes rapellent sans ménagement à Charles que sa mère reste en droit reine de Castille et que le souverain n'est que le premier des fonctionnaires du royaume: il a des comptes à rendre et ne peut violer les lois et les coutumes»[16].

Las circunstancias descritas se repitieron en Zaragoza y Barcelona, y en una nueva convocatoria de las Cortes de Castilla, en la que Toledo llevó la voz cantante de la protesta.

En 1519 se produce una mutación esencial: Carlos V es elegido Rey de Romanos. La elección englobaba múltiples facetas.

La primera es la política. Mexía explica que Carlos «escribió graciosas cartas a los príncipes electores, pidiéndoles le eligiesen como en vida de su abuelo el año pasado se avía empezado a platicar, ofreçiéndoles [ser] humano y justo emperador, y de les hazer favores y merçedes. Y al Rey de Francia enbió, antes aún que le fuesen revelados sus tratos, a sinificar su propósito como a rey amigo». Guicciardini llegó a proclamar que «la dignidad imperial..., hasta aquel día, por su poco poder..., mayor en el título y nombre que en la sustancia y los efectos, no se podía esperar que se enalteciera ni volviera a su primer esplendor, sino pasándola a la persona de Carlos, juntándose con su poder».

NÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Política mundial de Carlos V y Felipe II,* Madrid, 1966; del mismo, *La España del Emperador Carlos V,* en *Historia de España Menéndez Pidal-Jover,* t. XX. Madrid, 1966 (6.ª ed. 1996). Una visión elemental pero clara es la de PÉREZ, J., *Charles Quint*, págs. 16-35.

[15] Citado por MERRIMAN, R. B., *Carlos V y el imperio español en el Viejo y el Nuevo mundo,* Buenos Aires, 1949, pág. 20.

[16] PÉREZ, J., *Charles Quint*, pág. 23.

La disputa por la dignidad imperial, que enfrentó a Carlos con Francisco I, obligó al futuro Emperador a un enorme esfuerzo económico. Al decir de J. Delumeau, la elección imperial «costó 851.918 florines (más de 1200 kilos de oro fino), de los que 543.584 fueron anticipados por los Fugger, 144,333 por los Welser de Ausburgo y 165.000, por diversos banqueros genoveses y florentinos»[17].

Antes de que el joven Rey viajara a Alemania se había suscitado una polémica harto significativa. Se trataba de decidir los títulos que Carlos debía utilizar en los actos de soberanía. Hasta entonces había antepuesto el nombre de su madre al suyo en todos los documentos. Pero, después de haber sido elegido «Rey de Romanos», el futuro Emperador y su canciller eran conscientes de que las circunstancias habían cambiado. ¿Debía Carlos prescindir en España del título de emperador, ya que los reinos españoles no se hallaban en una relación de dependencia respecto al «Imperium Romanum»? Si creemos a Santa Cruz, la gran nobleza hispana pensaba que «más cosa era [ser] Rey de España que no Emperador de Alemania»[18].

En una pragmática fechada en Barcelona el 5 de septiembre de 1519, el soberano español hacía constar que la relación en que se hallaba la dignidad imperial romana, a la que había sido elevado por la Providencia divina, respecto a la dignidad de Rey Católico de España, «con la que nos hubiéramos sentido», decía, «grandemente satisfechos», era la de que el Imperio precedía a todas las demás dignidades terrenas. «Y porque dicha prelación» llegó a declarar, «no se puede seguir ni causar prejuizio ni confusión alguna adelante a los nuestros reynos de España, ni a los reyes nuestros suçesores, ni a los naturales sus súbditos, que por tiempo son o fueren, por ende queremos que sepan todos que agora son o serán de aquí adelante que nuestra voluntad e intención es que la libertad y esençión que los dichos reynos de España y reyes dellos an tenido y tienen, de que han goçado y goçan, de no reconocer superior, les sea agora y de aquí adelante observada y guardada inbiolablemente, y goçen de aquel estado de libertad que al tiempo de nuestra promoçión y antes mejor y más cumplidamente tuvieron y goçaron, y devieron tener y goçar, libre y pacíficamente; y que por preferir e anteponer en los titulos de nuestra dignidades el del Imperio, no seamos ni somos vistos perjudicar a los dichos reyes de España en su libertad y exempçión que tienen»[19].

Tenía que intitularse, pues, primero Rey de Romanos y Emperador futuro y que antecediera su nombre al de su madre. Sabedor de los recelos de sus súbditos españoles, se sintió obligado a explicar que el hecho de preceder el título de Emperador

[17] Véanse GUICCIARDINI, *Historia de Italia...*, pág. 350; JACQUART, J., *François Ier*, París, 1981, págs. 117, y ss.; DELUMEAU, J., *La civilización del Renacimiento*, Barcelona, 1977; CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1957, t. III, págs. 42-49; VÁZQUEZ DE PRADA, V., y CASTELLANO, J. L., «Estudio preliminar a la reedición de la obra SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes..., op. cit.* La cita en pág. XV del «Estudio» citado.

[18] ALONSO DE SANTA CRUZ, *Crónica del Emperador Carlos V*, t. I, pág. 204.

[19] MEXÍA, P. DE, *Historia del Emperador Carlos V*, págs. 109-110.

al de Rey de España no afectaba a la libertad ni a la independencia de los reinos hispanos, y aun más, que la jerarquía de los títulos no significaba una sujeción de España al Imperio. Al final, la fórmula elegida fue muy complicada «Carlos, por la gracia de Dios, Emperador elegido, rey de Romanos; Juana, por la gracia de Dios, reina de Castilla y el mismo Carlos, por la gracia de Dios rey de Castilla...[20].

Las reticencias españolas, y especialmente castellanas, se hicieron evidentes a fines de 1519. Molestaban a algunos sectores dirigentes las fórmulas cancillerescas, pero preocupaban más las amenazas derivadas de una nueva realidad política. Se temía que Carlos antepusiera los intereses del Imperio a los de Castilla y que se obligara a los castellanos a financiar la política imperial, considerada por muchos como algo ajeno. No operaba, pues, una reacción xenófoba, sino el temor de que España se comprometiera en empresas que no le concernían. Las Cortes de Santiago-La Coruña terminaron por atender a las demandas imperiales y, después de muchas presiones, concedieron algunos créditos, aunque en ellas volvieron a acreditarse tensiones[21] entre el soberano y sus súbditos. Y la tensión creció al ser nombrado Adriano de Utrecht, un hombre digno pero extranjero, regente. Seis meses después, ya un poco tarde, se asoció a la regencia al almirante de Castilla. El máximo de la tensión se alcanzó con las Comunidades y las Germanías. La complejidad de ambos fenómenos ha sido reconocida por la bibliografía de los últimos años, en cuya frondosa diversidad brillan, como hitos esenciales, las interpretaciones de J. A. Maravall[22], Joseph Pérez[23], J. I. Gutiérrez Nieto[24], S. Haliczer[25] y E. Durán[26].

Pero, más que las tensiones en sí, nos interesa subrayar lo que significan de ruptura entre el Rey y sus súbditos, de lucha por el restablecimiento de la autoridad real.

«Al terminar el convulso período 1519-1523 Carlos V había regresado a España coronado como Rey de Romanos», e inició «entonces una tarea de consolidación del sistema de Consejos», del «poder de la Monarquía dentro de España y una rearticulación de la política imperial». Con razón dice P. Chaunu que es en este período

[20] PÉREZ, J., *Charles Quint*, pág. 35.

[21] «En la reunión de las Cortes de Santiago-Coruña de 1520 de nuevo se solicitó un importante subsidio con ocasión de los gastos de la elección imperial; como argumento se expuso —lo cual era cierto— que todos los territorios de los Países Bajos habían contribuido a la empresa y que Castilla debiera hacerlo especialmente cuando Carlos, al aspirar al cetro imperial, no venía sino a rememorar un glorioso pasado hispánico, «como Trajano, Adriano y Teodosio»», CARRETERO, J. M., «Castilla en la política imperial de Carlos V», en *Torre de los Lujanes*, 41 (abril 2000), pág. 53.

[22] MARAVALL, J. A., *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna,* Madrid, 1963.

[23] PÉREZ, J., *La revolución de la Comunidades de Castilla*, Madrid, 1977.

[24] GUTIÉRREZ NIETO, J. I., *Las Comunidades como movimiento antiseñorial*, Barcelona, 1973.

[25] HALICZER, S., *The comuneros of Castilla. The forgin of a revolution*, 1475-1521, Wisconsin, 1981. Existe traducción española.

[26] DURÁN, E., *Les Germanies als Països Catalans*, Barcelona, 1982. También GARCÍA CÁRCEL, R., Las Germanías de Valencia, Barcelona, 1975.

en el que se sitúa «la confirmación de la obra de los Reyes Católicos, en el que Carlos se revela como federador del Estado territorial»[27]. En dos palabras: «Carlos consolida el Estado territorial y esboza la muy lejana promesa del Estado nacional». Y es entonces cuando la hispanización del ya Emperador se deja sentir más.

La hispanización del Emperador

Entre 1522, después de un largo viaje por los Países Bajos, el Imperio e Inglaterra, y 1529 Carlos permanece en España y experimenta una intensa hispanización. Aprende la lengua española, viaja, conoce los ambientes del país, siente de forma más clara el legado de los Reyes Católicos. Son los años de Toledo, la ciudad misteriosa que tanto le fascinara, de Sevilla, de Granada. En España se cierra el círculo de la vida íntima del César, sobre todo, cuando, el 20 de mayo de 1526, contrae matrimonio, en Sevilla, con su prima, la dulce y bella Isabel de Portugal. Los biógrafos han cantado las excelencias de esta unión, no sólo en la esfera personal y familiar, sino en la dinástica y política[28]. Carlos tomó entonces conciencia, durante sus frecuentes ausencias, de que la regencia del reino no debía confiarse a extranjeros, sino a su propia mujer. Y la correspondencia entre Carlos e Isabel, estudiada en su día por J. M. Jover[29] y, más recientemente, por Ruiz Martín[30], expresa bien la respuesta de los españoles, de la Corte y de la propia Emperatriz a la política imperial.

Por si fuera poco, en estos lustros previos a 1530, el peso económico de la Monarquía Hispánica se deja sentir en todas partes. «La fama de opulencia que empezaba a tener lo que procedía de España», describe F. Ruiz al referirse a la entrada de Carlos en Bolonia, el 5 de noviembre de 1929, «hizo que brotara la admiración en el público al acercarse, en el recorrido, al grupo de magnates de los reinos de Casti-

[27] CHAUNU, P., *La España de Carlos V. 1) Las estructuras de una crisis*, Barcelona, 1976, pág. 10. La misma tesis ha sido sostenida recientemente por Carretero Zamora. «Pese a los intentos de una parte significativa de la historiografía del siglo XIX de vincular la dinastía de los Habsburgo con la ruptura de un proyecto "nacional" diseñado por los Reyes Católicos, y más en concreto de identificar a Carlos V con el origen de la depauperización de España lo cierto es que la llegada a España del futuro emperador no supuso una ruptura de una tendencia perfectamente definida desde la segunda mitad del reinado de los Reyes Católicos, tanto en el terreno de la fiscalidad extraordinaria y el pago de la deuda, como del papel que en ambos aspectos correspondían a la asamblea representativa castellana», CARRETERO ZAMORA, J. M., «Castilla en la política imperial de Carlos V, Las cortes y los recursos hacendísticos extraordinarios», en *Torre de los Lujanes*, 41 (abril 2000), pág. 51.

[28] MAZARIO, C., *Isabel de Portugal,* Madrid, 1952.

[29] JOVER, J. M., *Carlos V y los Españoles,* Madrid, 1963, especialmente, los trabajos titulados «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», págs. 21-183, y «Reino frontera y guerra en el horizonte político de la Emperatriz Isabel, Gobernadora de España», págs. 185-223.

[30] RUIZ MARTÍN, F., «Coronación de Carlos V en Bolonia» en *Homenaje a Antonio Bethecourt*, Las Palmas, 1995, pág. 13.

lla, Aragón, Cataluña, Valencia, Navarra, que destacaba por su austera elegancia y la impavidez no poco teatral de su porte»[31].

La Emperatriz Isabel muere en 1539. Para entonces los tres grandes problemas a que debe hacer frente la política imperial —franceses, protestantes y turcos— han conocido no pocas zigzagueos y crisis[32]. Y España y sus Indias han evolucionado de forma clara[33]. Si, hasta 1530-1540, «España, mejor dicho Castilla, a grandes rasgos, gana..., en tanto que su papel es relativamente difuminado en lo que se denomina inadecuadamente el reinado de Carlos V», «a partir de 1540 Castilla sustituye a los Países Bajos como centro federador del sistema»[34].

La Monarquía Hispánica servirá, como han explicado Carande, Fernández Álvarez, Ruiz Martín, Sánchez Montes, Domínguez Ortiz y otros muchos[35], con dinero, soldados y políticos a las empresas del Emperador.

A la muerte de Gattinara, los gobernantes de más talla serán grandes de España y títulos de Castilla (el duque de Béjar, el duque de Alba, don Pedro de Toledo), aunque el Emperador quiso mantenerse siempre por encima de las facciones nobiliarias o cortesanas y así lo manifestaría a su hijo[36], hidalgos (Francisco de los Cobos)[37], prelados de las grandes diócesis de Castilla (por ejemplo, el arzobispo Tavera). Entre 1530 y 1540 Carlos «se gana, en profundidad y perdurablemente, el corazón de sus súbditos..., el momento en que la elite dirigente se une al juego imperial, en el que una parte de la nobleza castellana... se identifica en representación con el Imperio»[38].

La hispanización del Emperador, analizada por diversas autores, pero, tal vez no estudiada de forma sistemática, se expresó también en otras facetas.

Una de ellas es la utilización, cada vez más frecuente y solemne, del español, en tiempos en que la lengua se convierte en símbolo e instrumento político. Por no ci-

---

[31] RUIZ MARTÍN, F., «Coronación de...», *op. cit.*, pág. 13.

[32] BRANDI, K., *Kaiser Karl V. Werden und Schiksal einer Persönlich Keit und eines Weltreiches*, München, Zweite Anflage, 1938, y, del mismo, *Kaiser Karl V. zweiter Band. Quellen und Erörterungen*, München, 1941. De la primera obra existe versión española de BALLESTEROS GAIBROIS, M., *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un Imperio mundial*, con proemio y epílogo de A. BALLESTEROS BERETTA, Madrid, 1943.

[33] FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Política Mundial de Carlos V y Felipe II*, Madrid, 1996. Del mismo, *La España del Emperador Carlos V*, en *Historia de España de Menéndez Pidal-Jover*, t. XX, Madrid, 1966. Existe una 6.ª edición de 1996.

[34] RUIZ MARTÍN, F., *Coronación de...*, *op. cit.*, págs. 13-14.

[35] Además de las múltiples referencias que contiene este texto merecen especial consideración dos libros aparecidos en 1998 y 1999, ALVAR, A., *El César Carlos. De Gante a El Escorial*, Madrid, Banco Bilbao-Vizcaya, 1998, y CHECA CREMADES, F., *Carlos V. La imagen en el Renacimiento*, Madrid, Iberdrola, 1999.

[36] MOLAS, P., «El sistema político de la Monarquía Hispánica en el siglo XVI», en *Congreso Nacional Jerónimo Zurita. Su época y su escuela*, 1990, pág. 98. Adecuada información en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Política mundial de Carlos y Felipe II*, Madrid, 1966 y *La España del Emperador Carlos V*, 1966.

[37] KENSINTON, H., *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V*, Madrid, 1980.

[38] CHAUNU, P., *La España de Carlos V*, pág. 11.

tar más que dos acontecimientos de importancia excepcional, recordemos el discurso de Carlos V, en Roma en 1536, y la visita al Emperador de los embajadores de Ulm en 1547. El famoso discurso de 1536 fue considerado por Menéndez Pidal como uno de los jalones básicos en que se apoya la formulación de la «idea imperial»[39]. En cuanto a los embajadores de Ulm, hablaron en español ante el Emperador «por parecerles que era más acatamiento hablarle en la lengua que más natural le era y que más trataba, que no en la propia de ellos»[40]. No extraña que el César contestara también en español. Si tomando «ora la espada, ora la pluma, como dice uno de los más bellos endecasílabos de Garcilaso, los españoles se lanzaron a hispanizar proporciones de universalidad[41]», era «lógico que su lengua se fuera universalizando cada vez más»[42].

En un plano distinto, Sánchez Albornoz arriesgó hace años la hipótesis de que, al cabo del tiempo, la psicología del Emperador se contaminó de modos y facetas frecuentes entre los hombres del solar hispánico. «Tengo para mí», escribía Sánchez Albornoz, «que en la trastienda de su vida psíquica la herencia temperamental hispana pesaba no poco. Al contacto con la vida peninsular, aunque perdurasen sus hábitos de hombre nacido y educado en Flandes, aunque siguiera vertiendo sus devociones y fervores hacia cuestiones e intereses ultrapirenáicos, aunque continuara desconfiando siempre de los peninsulares, acaso despertó con fuerza en él lo hispánico de su soterrado yo esencial. Andando el tiempo descubrió muchas calidades de español. Con frecuencia triunfaron en él las potencias de la voluntad sobre las del espíritu, la acción sobre el discurso y el ímpetu sobre el cálculo. Gustó de la palabra... y de la acción directa. Se dejó dominar por el orgullo y la pasión y asentó su personalidad sobre el pedestal de la hombría. Fue celoso cumplidor de sus promesas, aun con desmedro de sus propios intereses. Su fe firme se dobló de confianza divina, según la tradición peninsular. Su alma fue torturada por los conflictos íntimos, las euforias impetuosas y los desalientos y desmayos que han padecido muchas veces los hispanos. Como éstos vivió en una eterna insatisfecha inquietud. Y como ellos enfrentó más de una vez la muerte con coraje»[43].

Algunas de las ideas que vertebran la obra de los Reyes Católicos se manifiestan de nuevo, condicionadas por las coordenadas de una nueva coyuntura, en diversas declaraciones de Carlos V posteriores a 1526. A juicio de J. M. Jover, fue la progresiva hispanización del César «lo que le condujo a la formulación de la Cristiandad como concepto político». Y no llegó a ella «por el camino de la reacción defensivis-

---

[39] MENÉNDEZ PIDAL, R., *Idea imperial de Carlos V*, Madrid, 1940.

[40] ALONSO DE SANTA CRUZ, *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. BELTRÁN, R.; ROZPIDE; BLÁZQUEZ, A., y DELGADO AGUILERA, Madrid, 1920-1925, t. V, pág. 10.

[41] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses..., op. cit.*, págs. 49-50.

[42] MOREL FATIO, «L'espagnol, langue universelle» en *Bulletin hispanique*, núm. 15, págs. 207-225. *Cit.* por CASTELLANO, J. L., «Estudio...», *op. cit.*, pág. XIII.

[43] SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., *España. Un enigma histórico*, Buenos Aires, 1957, II, pág. 515.

ta, como insinúa Merriman, sino por el camino consciente y voluntario de unas convicciones firmemente asentadas en su ánima, como sostiene Menéndez Pidal»[44]. Buena prueba de tal afirmación es el famoso discurso que el César pronunció en Madrid en 1528. Fray Antonio de Guevara, el inspirador del texto, condenaba la Monarquía universal dantesca, y escribía en su *Relox de príncipes*: «Porque muy poco aprovecha tener los usos de los pueblos ganados y tener los corazones de los vencidos perdidos»[45]. Carlos, en Madrid, venía a decir algo semejante con otras palabras, y calificaba de tirano al príncipe que conquistaba lo que no era suyo, tesis que contradecía igualmente la idea de Monarquía universal dantesca. Los mismos sentimientos se repiten, posteriormente, en las conversaciones de Bolonia con el embajador veneciano, Contarini.

Años más tarde, en 1536, el mismo monarca que había tenido que hacer frente a las Comunidades pronuncia en Roma, ante Paulo III, el colegio cardenalicio y el cuerpo diplomático el vibrante discurso en español antes aludido.

¿Cuáles son sus ideas eje? Porque mi intención», decía, «no es hacer guerra contra los cristianos, sino contra los infieles, y que la Italia y la Cristiandad estén en paz y que posea cada uno lo suyo y que nos concertemos y hagamos una confederación contra los infieles, como ha sido y es siempre mi intención de hacella, donde habrá mucha y mucha tierra para que podamos partir, sin pensar a lo de acá»[46].

Un amplio sector de la historiografía hispana, desde Antonio Ballesteros hasta nuestros días, ha rastreado la ascendencia española de buena parte de las soluciones políticas carolinas y ha puesto de relieve la armonización de objetivos, al menos en ciertos períodos, de la política imperial y los intereses de la Monarquía Hispánica.

Nadie duda, ha escrito en un estudio reciente J. L Castellano, « de la necesidad que... hay de estudiar la política imperial desde la óptica española, no sólo por la riqueza de las fuentes apenas utilizadas por los historiadores extranjeros, también porque Carlos V hace de España la base de su imperio, porque Castilla soporta en mayor medida que ninguna otra zona de la monarquía la carga de la política imperial... y, sobre todo, porque, tras los roces iniciales, hay una comunidad de intereses entre el Emperador y su pueblo»[47].

Otros autores, en cambio, y en mayor medida historiadores franceses, ingleses, norteamericanos o alemanes, han subrayado las disonancias o desfases entre el proyecto imperial y los intereses españoles. Por poner un ejemplo, acudamos a la opinión de Chaunu: «España» —dice el profesor francés—, «jugaría, por partida do-

[44] JOVER, J. M., «La Alta Edad Moderna», en *Arbor,* 26 (febrero 1948), págs. 157-184.

[45] LIDA, M. R., «Fray Antonio de Guevara. Edad Media y Siglo de Oro Español», en *Revista de Filología Hispánica, VII (4),* octubre-diciembre 1945, págs. 346-388. También, *Archivo Iberoamericano, núms. 22-23,* dedicado a Fray Antonio de Guevara.

[46] OLIVER ASÍN, *Historia de la lengua española,* Zaragoza, 1939, págs. 234, y ss.

[47] CASTELLANO, J. L., «Estudio...», *op. cit.,* pág. XII.

ble, bajo el reinado de Carlos V, su destino. La dilatación, la crucifixión imperial le hicieron perder una parte de las ventajas derivadas de la consolidación del Estado en el interior del espacio castellano y de la aproximación de las dos coronas ibéricas»[48].

Yendo al fondo de las cosas, Rassow sustentó la tesis de que la gran aportación de Carlos V a la historia española, europea y extraeuropea fue la consolidación del Imperio español, destinado a jugar, junto con el portugués, una anticipadora obra de ecumenismo político[49].

El descubrimiento del Nuevo Mundo, entre la complicada jerarquía de consecuencias y novedades que generó, permitió a la Monarquía Hispánica, y singularmente a la Corona de Castilla, poner las bases de un gigantesco imperio. En el segundo decenio del siglo XVI Magallanes y Elcano, tras hacer un largo periplo y toparse con el Pacífico, completaron la primera «vuelta al mundo». Mientras, en las Indias proseguía la conquista y colonización españolas. Símbolos eminentes de la nueva situación fueron la conquista de México, por Cortés, y la de Perú, por Pizarro.

De los tres objetivos preferentes a que apuntaban los descubrimientos y la conquista —el político, el misional y el económico—, ¿cuáles atrajeron, en suficiente medida, la atención del César?[50]. Más que el esfuerzo misional, que también se ha discutido, lo que han suscitado mayor polémica son los aspectos económico y político.

La política económica, en general, del Imperio carolino y el «monopolio» americano, en particular, han sido objeto especial de discusión y crítica. «Pretenden mis trabajos», escribía en 1953 don Ramón Carande, «averiguar el precio de la política imperial, y, en lo posible, determinar la cantidad de tesoros que, para pagarla, salió del reino y no volvió... Lo averiguado, sin ser mucho, no permite cotizar la enfática ilusión de un pretendido bienestar material coetáneo de aquellos días gloriosos. Nuestra hegemonía, que eclipsa a todas, no descansó sobre una economía nacional próspera, no la utilizamos para fomentar tareas productivas y fue languideciendo,

---

[48] CHAUNU, P., *La España de Carlos V. 1. Las estructuras de una crisis*, pág. 11.

[49] Las tesis de RASSOW, P., pueden seguirse en sus obras *Die Kaiser-Idee Karls V dargestellt an der Polik des Jhare 1528-1540*, Berlín, 1932, y *El mundo político de Carlos V*, Madrid, 1945. Véase también, del mismo autor, *Die Chronik des Pedro Girón und andere Quellen zur Geschichte Kaiser Karls V in Madrider Archiven und Bibliotheken*, Breslau, 1928.

[50] «El dominio de las Indias implica un proceso humano y demográfico de una envergadura antes desconocida; un proceso científico, geográfico, técnico y filosófico con directas repercusiones en el pensamiento político y la mentalidad social; un proceso económico, de recursos, de formas de explotación, que condicionará los ritmos y las formas de las estructuras de gobierno; un proceso social que afecta a distintos modelos de convivencia y, por supuesto, un proceso jurídico de legitimación de los anteriores, a través de la compleja construcción del corpus del derecho de Indias, fundamento del entramado institucional». HERNANDO, C. J., *Las Indias en la Monarquía católica. Imágenes e ideas políticas*, Valladolid, 1996, págs. 13-14.

entre otras razones, porque los caudales recibidos estaban empeñados cuando llegaban a Sevilla y tuvieron que salir, reclamados con impaciencia, desde Amberes, Ausburgo o Génova por el Emperador y sus acreedores»...[51]. El propio Carande, en su obra impar sobre los banqueros de Carlos V»[52], E. A. J. Hamilton[53], Felipe Ruiz[54], o Gonzalo Anes[55], en trabajos recientes, han explicado de forma convincente el costo de una política plena de grandeza en su perspectiva histórica, pero gravosa para los súbditos españoles.

«Que Dios estuviera con el Emperador no quiere decir que aportara dinero para la guerra. Estos tenían que provenir del bolsillo de sus súbditos. Los italianos, de grado o por la fuerza, los de los Países Bajos, en ocasiones, los alemanes y, fundamentalmente, los españoles, de manera especial, los castellanos. Las glorias imperiales recaían sobre todo en éstos, pero también las cargas del Imperio»[56].

Castellano ha aducido, recientemente, ejemplos significativos de los agobios económicos carolinos y la actitud de protesta de los súbditos. El primero es el de las Cortes de 1538-1539 y la postura del corregidor de Valladolid, Antonio Vázquez de Cepeda, analizados por Sánchez Montes en su libro *Agobios carolinos y ciudades castellanas*[57]. Para poner remedio a la situación había pensado «en un medio, la sisa general, que propone en las Cortes de 1538... Las Cortes... fueron un fracaso y el Emperador [tuvo] que continuar con los expedientes tradicionales».

«En 1545», remite J. L. Castellano, «el Emperador pide [al futuro Felipe II] una gran suma, tanto para "la resistencia del Turco que se entiende que viene sobre Viena como también a la reductión de los desviados y dar asiento en las cosas de la Ger-

[51] CARANDE, R., «Gobernantes y gobernados en la España de Carlos V», en *Arbor*, 1953, págs. 238-239.

[52] CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1943-1969, 3 vols. Sin contradecir esta tesis Carretero Zamora ha hecho interesantes precisiones sobre la fiscalidad en Castilla. «Recientes investigaciones sobre la fiscalidad de origen parlamentario en las provincias de los Países Bajos, así como algunas investigaciones propias referidas a Castilla, Franco Condado, Artois y Hainaut nos permiten afirmar que la fiscalidad castellana en la época del emperador (en función del crecimiento demográfico y económico) no fue tan alta como generalmente se afirma; otra cosa fueron sus efectos escasamente distributivos y altamente descapitalizadores». CARRETERO ZAMORA, J. M., «Castilla en la política imperial», pág. 52.

[53] HAMILTON, E. A. J., *American Treasure and the price Revolution in Spain*, 1501-1650, Cambridge, Massachusets, 1974.

[54] RUIZ MARTÍN, F., «Las finanzas españolas durante el reinado de Felipe II», en *Cuadernos de Historia,* 2 (1968), págs. 109-173; La dispersión del oro y plata por Europa a través del puerto de Barcelona», en BELENGUER (coord.) Y OTROS, *Felipe II y el Mediterráneo*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, Barcelona, 1999, vol I, págs. 23-33; del mismo, «Los destinos de la plata americana», lección inaugural del curso 1991-1992, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1990.

[55] ANES, G., «La plata y el oro de las Indias y la economía (siglos XVI a XVIII)», en *Estudios Internacionales*, 1992, Madrid, 1992, págs. 317-330.

[56] CASTELLANO, J. L., «Estudio preliminar» a la obra de J. SÁNCHEZ MONTES, *Frances, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Granada, 1995, pág. XLIII.

[57] SÁNCHEZ MONTES, J., *Agobios carolinos y ciudades castellanas,* Granada, 1975.

manía y encaminar la çelebración de un conçilio". Por supuesto, el príncipe admite que "qualquiera dellas sola basta para poner cuidado quanto más juntándose tantas", pero escribe "que no queda cosa ninguna por consumir... y que no ay otras formas de haver dineros"».

Diez años más tarde, en 1555, Vázquez escribe a Eraso: «vendrá a buena coyuntura el concluyrse la paz que se trata, plegue a el [Señor] de encaminalla, que, como en otras se ha dicho, no sé otro camino para el remedio de las necesidades presentes, porque la verdad, Señor, que más de lo hecho es imposible.. si dios no lo provee de su mano»[58].

Un documento manejado por J. L. Castellano[59] contiene otras referencias de importancia. Así, por ejemplo, «una carta que dirige la princesa gobernadora [—Juana de Austria—] a su padre el 31 de enero de 1555. Como siempre, el Emperador pide dinero, y señala algunos medios para conseguirlo. La princesa contesta que los del Consejo de Hacienda "han tenido y tienen todo cuydado posible en mirar de donde y cómo se proveerá, pero, como han sido innumerables los gastos pasados, se han consumido todas las consignaciones hasta el año de [mil] y quinientos y sesenta y con ellos no ha quedado moneda en el reyno". Añade que no "ay que pensar en otros arbitrios ni invenciones porque están ya todas andadas", y concluye: "por todas partes se van agotando todos los medios de hazienda de que se puede sacar provecho y los gastos de cada día se acrecientan más y, si éstos no se atajan, está cierto que los trabajos y peligros han de ser muy grandes, y no ay otro remedio sino el de la paz... que por mucho que se aventura y pierda en asentarla sería muy mucho más sin comparación lo que se arisgaría [sic] con continuar la guerra y gastos della"»[60].

«Vuestra Alteza», había escrito Cortés al Emperador, «puede llamarse de una nueva manera Emperador de todos estos territorios, con un título y un derecho que no son menores que los de Emperador de Alemania, que Vuestra Sacra Majestad posee por la gracia de Dios»[61]. Es evidente que Carlos valoraba la presencia española en Indias, pero resulta difícil medir hasta qué punto. Los hechos inducen a pensar que las repuestas a las colosales necesidades suscitadas por los territorios de ultramar no siempre fueron las adecuadas[62].

---

[58] Véase asimismo, en relación con las dificultades de 1552, PALACIO ATARD, V., «Reprimendas y dineros», en *Homenaje a Carlos V de la Universidad de Granada*, 1958.

[59] AGS, Estado, leg. 108.

[60] CASTELLANO, J. L., «Estudio...», *op. cit.*, págs. XLIII-XLV. Testimonios similares pueden verse en las obras recientes de FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998, especialmente, págs. 97-108, y KAMEN, H., *Felipe II de España*, Madrid, 1997. Véase también FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, 2000.

[61] Apud RASSOW, P., *El mundo político de Carlos V*, 20, y ss.

[62] HERNANDO, C., *Las Indias en la..., op. cit.* Véase también CÉSPEDES DEL CASTILLO, G., *América Hispánica,* t. IV de la *Historia de España* dirigida por Tuñón de Lara, Madrid, 1983.

Lo que sí alcanzó a ver con claridad el César fue la función clave de España en la política europea. En 1540 cede la sucesión de Milán a su hijo Felipe, y en ese hecho quiere ver Brandi un primer síntoma del nuevo papel que el Emperador asigna a España en el concierto europeo. «Le habían vencido», comenta Rassow, «la devoción de los españoles y su contribución decisiva a las empresas imperiales». El dinero español y los hombres de España pusieron las bases de los grandes éxitos del período posterior a 1540. Fue la infantería española la que obtuvo las victorias del Danubio y el Elba. Y hombres de España fueron los que más contribuyeron a la gesta de Mülhberg, aunque la presencia de españoles en tierras germánicas suscitara el recelo de los súbditos alemanes del Emperador.

A fin de cuentas, la definitiva configuración de la «idea imperial» en los años en que el Carlos decide todo por sí mismo tiene, según Rassow, impronta española. Las dos grandes bases posteriores a Mülhberg debían ser la Liga de Príncipes y la sucesión del Imperio a favor del futuro Felipe II. Sin embargo, la Liga fracasó, y la sucesión imperial no pudo realizarse conforme a los proyectos de Carlos V, a causa de la oposición de los electores alemanes, la hostilidad de Fernando al ideal político de su hermano y la violencia armada de los príncipes. Las decepciones y derrotas de los últimos años llevarán a la división, no deseada por Carlos V, de la herencia imperial: por una parte, España y Borgoña; por otra, el Imperio y Austria. Quedaba, sin embargo, la esperanza de pivotar los plurales y pluricontinentales dominios del César en torno a la Monarquía Hispánica.

La opinión de los españoles ante Carlos V y su política

Está por hacer un estudio sobre la sensibilidad colectiva de los españoles en la época de Carlos V. Faltan testimonios, y los que hay, no ofrecen todavía una plena significación[63]. Y persiste la vacilación metodológica que lleva a primar las opiniones individuales o de grupo, los elogios o quejas de los sectores dirigentes a la voz popular.

Cuando trataba de buscar un sentimiento común o preponderante entre los españoles de la época de Menéndez Pelayo se refería a tres factores.

El primero era el fervor religioso, aglutinante, decía, «de un pueblo extraño, uno en la creencia religiosa, dividido en todo lo demás por raza, por lenguas, por costumbres, por fueros, por todo lo que pueda dividir a un pueblo». Otro gran com-

[63] Con su proverbial agudeza, Jover se ha referido a algunas de las fuentes que han de servir para análisis futuros. En uno de sus trabajos escribe: «Así el prestigio de un imperio cuyos ecos —grandes problemas, grandes glorias— caen sobre el pueblo castellano a través de las reales cédulas de convocatorias de Cortes, a través de las proposiciones leídas a los procuradores, a través de una publicística servida por firmas egregias a través de relatos personales». JOVER, J. M., «Sobre la política exterior de España en tiempo de Carlos V», en *Carlos V (1500-1558), Homenaje de la Universidad de Granada,* 1958, págs. 137-138.

ponente de opiniones colectivas le parecía el sentimiento monárquico, en un país donde «los reyes sólo fueron grandes en cuanto representantes de las tendencias de la raza más españoles que todos, no en cuanto reyes». El tercer factor era el sentimiento del honor, «que viene a ser una moral social relativa, debajo de la moral cristiana, y a veces, contra ella»[64].

Las imprecisas caracterizaciones del polígrafo santanderino fueron rectificadas y ampliadas, en su día, por J. Sánchez Montes[65], pero no son pocos todavía los aspectos a matizar[66].

Las opiniones sobre el Emperador

¿Qué pensaban los españoles de su Emperador? «Ellos», respondía Carande, «sin confundir jamás España y el Imperio, antepusieron a todo la fe, la fama y la gloria de España y de su monarca»[67]. No explicaba el maestro Carande en qué basaba sus valoraciones. Como no lo explicaba Ranke al afirmar: «El rey se atrae a los flamencos con su altivez, a los italianos con su astucia, a los españoles con su dignidad»[68].

Aproximándose a la meta de la precisión, Sánchez Montes subrayó, una vez, el rastro de nostalgia y de recuerdo que existía en España al advenir al trono Carlos V, nostalgia y recuerdo de aquel viraje «prestíssimo» que significaron Fernando e Isabel[69].

---

[64] Apud SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes del español en la época de Carlos V», en *Estudios de la Historia Española de Arbor*, Madrid, 1953, pág. 267.

[65] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, ..., op. cit.* La Universidad de Granada ha reeditado en 1995 esta obra, plena de finura interpretativa, subrayada ya hace años por BATAILLÓN, M. con un «Estudio preliminar» de CASTELLANO, J. L.

[66] Cuando se haga un estudio definitivo habían de tenerse en cuenta las abundantes «noticias», «relaciones» y «hojas de aviso» de la época. El modelo europeo de este tipo de estudios, concentrado en une periodismo aparentemente menor, lo hicieron, en su día, WELLER, E., *Die ersten deutschen Zeitungen* (1505-1599), Tubinga, 1872; WÄSHER, H., *Das deutsche ilustrierte Flugblatt*, Dresde, 1995, e NEUMEISTER, I., *Flugblätten der Reformation und Bauernkrieges Blätter aus den Sammlung des Schlossmus*, Leipzig, 1976, o ANCEL, R., «Etude critique sur quelques recueils d'avvissi», en *Mélanges d'archéologie et d'histoire,* 1908. Un ejemplo del buen uso de este tipo de fuentes lo proporciona CHASTEL, A., en su fascinante obra *El saco de Roma. 1527*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1998, especialmente, págs. 51-55 y notas 11-12.

[67] CARANDE, R., «Gobernantes y gobernados», pág. 239.

[68] Apud SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes...», *op. cit.,* 1953, pág. 266.

[69] Muestras sobradas de esta nostalgia las recoge CASTRO, A., *España en su Historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, 1948, págs. 276 y siguientes. Por su parte, SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses..., op. cit.,* pág. 101, nota 13, se refirió, en su día, a «las frases que Sandoval (VII, 64)» pone en boca del rústico a quien Carlos V preguntó cual era el mejor y cual el peor de los cinco reyes que había conocido. El labrador, sin conocerle, sentenció: «Del mejor, por Dios que hay poca duda: el rey Don Fernando fue el mejor que ha habido en España, que con razón le llamaron el Católico. De quien es el más ruin, no digo más sino que, por mi fe, harto ruin es este que tenemos»». Mayores precisiones en FERRARI, A., *Fernando el Católico en Baltasar Gracián,* Madrid, 1945.

El propio Sánchez Montes y Juan Luis Castellano han exhumado testimonios convincentes de admiración al Emperador. Así, en 1527, el Consejo Real de Castilla, al enjuiciar el desafío de Francisco I a Carlos V en ese año, manifiesta que la honra del Emperador y «la destos reinos» «es toda una»[70]. Pocos años antes, en 1524, escribía el almirante de Castilla: «Agora, porque desconfiemos postrados en tantas adversidades, ha querido alargarnos y consolarnos con esta insigne merced que es darnos Príncipe que sobre todos los reyes del mundo fuese digno del Imperio y España, tan sublimada por él y obligada a le servir que no hay necesidat de lo explicar, pues es «manifiesto». ¿Era ésta una actitud general y sin fisuras y firme a través de los años? Cabe sospechar que no.

Parece cierto que el César tuvo conciencia, en varios momentos, de los recelos del pueblo español hacia su persona[71]. Antes del primer viaje imperial a Alemania, el mismo Emperador reconocía que los españoles lo llamaban «porcus flaminicus». Ruiz de Mota, en las Cortes de Santiago-La Coruña de 1520, se atrevió a expresar la pena que le producía la ausencia del Emperador por «una sola hora cuando más por tres años». Tiempo después, antes del viaje a Italia para la coronación de 1530, Carlos mostraba su preocupación por las críticas. «Menos me espanta decir», escribía, «que como se levantaron estos reinos cuando pasé en Flandes, que podrá ser se escandalizasen ahora pasando a Italia. Y la razón que me mueve a esto es que entonces era yo mancebo y gobernado por Mr. de Chievres, y las cosas de estos Reinos no tenía edad para conocerlas ni experiencia para gobernarlas. Y como entonces yo me partí para Flandes, habiendo residido en estos reinos muy poco y, lo que es más, que no era casado ni dejaba legítimo heredero, no es maravilla que se alterasen y escandalizasen»[72].

A los españoles les dolía, a veces, la ausencia de su Rey, y no alcanzaban a comprender la necesidad de la ausencia ni, en muchos casos, la universalidad de su empresa. En 1524 el almirante de Castilla exaltaba la dignidad imperial y la inserción de España en la obra del Imperio, pero, al tiempo, se quejaba de las ausencias del Emperador. Decía: «Mas esta prosperidad nos da Dios con tal contrapeso y desventura que la necesidad del Imperio le haya de llevar por el mundo para hacernos penar con su ausencia y desear los que tenemos y amamos»[73].

No faltan referencias similares en años posteriores. Así, José Martínez de la Puente, en el prólogo del compendio de Sandoval, dirigido a Carlos V, dejará escrito en 1675: «Es digno reparo que un rey tan grande como el César parece que

[70] Apud CASTELLANO, J. L., «Estudio...», *op. cit.*, pág. XVII.

[71] Para valorar esta cuestión es útil el manejo de las instrucciones de Carlos V a Felipe II, de 1543, 1548 y, sobre todo, de las *Memorias* de Carlos V, de 1550. Sobre estas últimas véase *Carlos V. Memorias*, Edición crítica, traducción e introducción del *doctor M. Fernández Álvarez*, Madrid, 1960.

[72] Apud SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes...», *op. cit.*, pág. 278.

[73] En SÁNCHEZ MONTES, J., y GAN, P., «Una Inquisición sobre los males de España en 1524», en *Chronica Nova*, núm. 9, pág. 60. Apud CASTELLANO, J. L., «Estudio...», pág. XVII, nota 22.

se escapó de entre los reyes de España, pues casi no le gozamos ni es conocido en ella con el nombre de Carlos I, que le toca, sino con el de Carlos V, que es el que le pertenece por el número de los Césares de este nombre»[74]. Quejas análogas se repiten en Valladolid, en 1542, como apuntara hace años F. Mendizábal. Pero, ¿fue siempre así? La compenetración con el monarca creció día a día. Sirva como referencia el testimonio de Antonio Vázquez de Cepeda, corregidor de Valladolid, en su discurso ante los procuradores de la ciudad. Decía: «Enajenando [el Rey] tanta parte de su patrimonio real por evitar los robos e daños que de tan poderosos adversarios no pudiéramos dejar de padecer, posponiendo el descanso y reposo de su casa real por los trabajos de la guerra, para conservarnos en las nuestras; ofreciendo tantas veces en tantos peligros su imperial persona al sacrificio para excusar los dél; conservándonos siempre en tanta paz y justicia que, si alcanzásemos a comprender los grandes beneficios que de las famosísismas e inmortales obras de Su Majestad estos Reinos han conseguido y considerar los daños e inconvenientes que pudieran resultar de lo contrario, ¿qué servicios, haciendas ni vidas bastarían para recompensar el menor dellos, que no recibiésemos muy mayor la gloria de haberse ofrecido ocasión para que nuestras obras diesen testimonio de tan gran voluntad?»[75].

En suma, en algunas etapas, y sobre todo en algunas ocasiones, se mostraron reservas o protestas ante las ausencias del César, las dificultades económicas, la desorganización interior, pero la tradición de las guerras divinales, el fervor religioso, el valor de ejemplaridad que ofrece en la batalla la presencia de Carlos, la dignidad imperial, inclinarán a no pocos al respeto y la admiración[76].

Las actitudes ante la política imperial

El primero de los grandes objetivos de la política internacional carolina era Francia. ¿Había que contar con Francia, vencer a Francia o prescindir de Francia? ¿Cómo veían cualquiera de las tres posiciones los españoles?

A tenor de las proclamaciones teóricas, el Emperador debía defender la paz entre los príncipes cristianos. ¿No era cristiano el rey de Francia? En principio, así era

[74] Apud SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes...», *op. cit.,* pág. 279.

[75] Apud SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes...», *op. cit.,* pág. 279. Un análisis más detenido sobre las posiciones del corregidor de Valladolid, Antonio Vázquez Cepeda, en SÁNCHEZ MONTES, J., *1539. Agobios carolinos y ciudades castellanas,* Granada, 1974, págs. 116-131.

[76] Una visión distinta a la que aquí se proporciona, e imprescindible para tener en cuenta la rica panoplia de opiniones existentes en la época es la que se deriva del trabajo de R. GARCÍA CÁRCEL, sobre la «leyenda negra» en le período carolino. Véase al respecto, la ponencia del catedrático de Barcelona presentado al Congreso Internacional de Granada sobre Carlos V, *Europeísmo y universalidad*, Granada, 1-5 de mayo de 2000.

y así debía ser: «paz entre los cristianos»[77]. La «concordia hominum» es sustentada por Pero de Mexía[78], el cardenal Martínez Siliceo[79], Luis Vives[80], y otros.

Sin embargo, el entendimiento de los franceses con el turco o los protestantes parecían legitimar una reacción más o menos violenta de Carlos[81]. Sánchez Montes ha exhumado varios testimonios que nos convencen de la hostilidad contra Francia en determinados momentos. Eso sucedió en las Cortes de Toledo de 1525, en las de Monzón de 1529, en las de Barcelona en 1529 o en las de Valladolid de 1537.[82] En cambio, la paz entre pueblos afines es invocada en Zaragoza en 1518, en Valladolid en 1523[83], en Toledo en 1538-1539[84] o en Valladolid en 1542[85]. En ocasiones, los consejeros imperiales reaccionaban audazmente ante una provocación de Francia. Eso sucedió, por ejemplo, con ocasión del ataque de los franceses a Fuenterrabía. En ese momento, Fray Antonio de Guevara escribe al condestable Íñigo de Velasco: «Vos, señor, lleváis empresa justa y justísima, porque de tiempo inmemoriable acá jamás hemos oído ni visto la villa de Fuenterrabía ningún rey de Francia, ni que el rey de Castilla se la hubiese dado; de manera que a ellos es conciencia tenerla y a vosotros es vergüenza no tomarla»[86]. Otro ejemplo de reacción contra los franceses lo proporciona una relación publicada por Alfonso de Valdés a instancias del Consejo Real. Dice así: «Toda la Cristiandad se debe desta victoria gozar. Parece que

---

[77] «Las guerras entre Francisco I y Carlos V son consideradas por los españoles como guerras civiles, guerras suicidas mantenidas entre cristianos, al tiempo que los infieles se preparan para luchar. Paz con los príncipes cristianos y guerra con los infieles pedían una y otra vez aquellos hombres para quienes el término Cristiandad dista mucho de ser una palabra sin contenido. Hay una fuerte corriente que desea el fin de aquellas guerras entre hermanos... Hay permanentemente en retroceso ante los hechos, muchas esperanzas sobre lo que se consiguiera con la concordia entre los dos remadores de la nave de la Iglesia, por usar la expresión de Francisco de Vitoria». SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, págs. 130-131.

[78] MEXÍA, P., *Historia del Emperador Carlos V*, ed. MATA CARRIAZO, Madrid, 1945.

[79] Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, págs. 56-57.

[80] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, págs. 54-55. Vives trajo a recuerdo, incluso, las palabras de S. Pablo: «ante Dios no hay griego, ni judío, ni francés, ni español; cada uno de nosotros renació por Cristo para ser una nueva criatura».

[81] La política de Francisco I, pragmática y destinada a contrapesar el poder de Carlos V, contradecía la tradicional postura francesa de lucha contra el infiel. SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, págs. 51-52.

[82] En estas Cortes se critica la política de Francisco I, posibilista y pragmática, no sólo respecto al turco, sino en relación con los protestantes. LAIGLESIA, F., *Estudios históricos*, II Madrid, 1918. Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses.*, pág. 60.

[83] Petición quinta de las Cortes de Valladolid: «Otrosi, suplican a V. M. que trabaje e procure... la paz con los príncipes cristianos y la guerra contra los infieles». Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, pág. 58, nota 67.

[84] El tema aparece tratado con cuidada elaboración en la obra de SÁNCHEZ MONTES, J., *1539. Agobios carolinos...*, Universidad de Granada, 1975.

[85] Lo solicita la ciudad de Córdoba. «Item, porque de la paz entre cristianos se muestra Dios muy servido..., haya por bien de procuralla». Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, pág. 59.

[86] En *Epístolas familiares*, BAE, XIII, 80.

Dios milagrosamente ha dado esta victoria al Emperador para que pueda no solamente defender la cristiandad o resistir a la potencia del turco si osare acometerla, más, asosegadas estas guerras civiles, que así se deben llamar, pues son entre cristianos, ir a buscar a los turcos y a los moros en sus tierras y, ensalzando nuestra santa fe católica, como sus pasados hicieron, cobrar el imperio de Constantinopla e la Casa Santa de Jerusalén, que por nuestros pecados tiene ocupada. Para que, como de muchos está profetizando, debajo de este cristianísimo príncipe todo el mundo reciba nuestra Sancta Fe católica y se cumplan las palabras de nuestro Redemptor: "Fiat unum ovile et unus pastor"»[87].

No faltaron tampoco protestas populares, como las canciones publicadas por A. Paz y recogidas por J. Sánchez Montes[88].

«El Imperio Otomano fue una de las preocupaciones esenciales de Carlos V..., como se comprueba por el número de referencias y de ideas que expone el Emperador en su correspondencia con su hermano y hermana, hijo, su esposa y los embajadores de Roma, Venecia, Viena y París»[89].

La lucha contra el turco es, por tanto, empresa deseada por el Emperador y sus súbditos[90], para algunos de los cuales podía interpretarse como una «guerra divinal» que enlaza con la Reconquista y la tradición de cruzada. Merriman afirmaba que España era el país más entusiasta en la prosecución de la guerra santa. Y Sánchez Montes rastrea la posición antiturca en las Cortes de Zaragoza (1518), Barcelona (1519) y Valladolid (1523 y 1527). En estas últimas, se llegó a decir: Es «venido del tiempo en que convenía volver las armas y emplear cada uno sus fuerzas contra los moros y turcos, enemigos de nuestra religión cristiana y cobrar de su poder aquella Tierra Santa que nos tiene ocupada»[91]. No faltan los que invocan la recuperación de Jeru-

[87] *Cit.* por SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes...», *op. cit.,* pág. 271.

[88] PAZ, A., *Documentos Archivo Biblioteca Medinaceli,* 6.ª serie Bibliográfica, 274, 283, 202. Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...,* *op. cit.,* pág. 60.

[89] BUNES, M. A., «Carlos V y el Imperio Otomano», *Torre de los Lujanes,* 41 (abril 2000), pág. 74.

[90] «La actitud española ante el Turco es lo suficientemente clara para poder esquematizarla... La empresa, ardientemente deseada por el Emperador, es entusiásticamente servida por los españoles. Vibraba en ella la continuidad de la victoriosa Reconquista y la convicción de que España peleaba por la causa de Dios... Siendo esta dirección de la política carolina la más genuina representación de las guerras divinales, España se enorgullece de dar "mucha reputación y ánimo a todas las demás" naciones. Los españoles sueñan una Cristiandad solidaria y en marcha a cuyo frente iría el Emperador, "caudillo de Europa"». SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, turcos...,* págs. 132. Del mismo, *op. cit.,* págs. 83-89, con referencia a testimonios de Fray Antonio de Guevara y Vives y las Cortes de Zaragoza (1518) y Barcelona (1519). También, MERRIMAN, *Carlos V el Emperador y el Imperio Español en el Viejo y el Nuevo Mundo,* B. Aires, 1949, 177 y, del mismo MERRIMAN, *Solimán el Magnífico* (1520-1560), B. Aires, 1946, pág. 51 Una síntesis de cuestiones en el artículo, muy reciente, de M. A. BULNES, «Carlos V y el imperio otomano», en *Torre de los Lujanes,* 41 (abril 2000), págs. 63-75. También M. J. Rodríguez Salgado, *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y el mundo,* Barcelona, 1992, págs. 376-413.

[91] *Cit.* SÁNCHEZ MONTES, J., «Actitudes...», *op. cit.,* pág. 275.

salén y quienes, como fray José de Sigüenza[92], inculpan a los franceses porque dificultaban la marcha a Constantinopla o a Jerusalén[93]. Los más, sin embargo, se preocupaban por el Norte de África y la lucha, más afín a España, contra moros y berberiscos[94].

Un tercer renglón de la política imperial eran los protestantes. ¿Cómo reaccionaron ante ellos los españoles? En un primer momento, no parece que la escisión luterana se midiera en su auténtica dimensión. Sánchez Montes cita una opinión de Fernández de Oviedo que, en cierto grado, lo acredita[95]. Sin embargo, a medida que la separación se va consolidando, los luteranos pasan a ser, para muchos hispanos, «herejes» y enemigos de la fe cristiana. Una declaración imperial, que transmite Santa Cruz, lo expresa con rotundidad: «Juro por Dios, que me creó y por Cristo su hijo, que nos redimió, que ninguna cosa de este mundo tanto me atormenta como es la secta y herejía de Lutero, acerca de la cual tengo que trabajar para que los historiadores que escribieron como en mis tiempos se levantó pueden escribir que, con mi favor e industria, se acabó».

---

[92] A. PAZ, *Documentos Archivo Biblioteca Medinaceli*, 6.ª serie Bibliográfica, 274, 283, 202. Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, turcos,* pág. 60.

[93] «Jerusalén. La magia de este nombre brotaba ya en remotas fuentes españolas. Apoyada en fuertes raíces providencialistas, servía también para evocar... la nostalgia por los días de Fernando el Católico. Pero es entonces, en las luminosas jornadas del Emperador, cuando la meta parece alcanzable. Juan Ginés de Sepúlveda exhorta a Carlos V y pondera sus fuerzas». SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes y turcos*, pág. 132. SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes y turcos*, págs. 98-109 ha espigado testimonios que hablan de la «obsesión por la conquista de Jerusalén en la España de Carlos V». El deseo alentaba ya en época de Fernando el Católico, como lo demuestran las palabras de la beata de El Barco de Ávila o Luis de Soto y la *Carta enviada del Gran Maestro de Rodas al victorioso Rey Don Fernando, Rey de España*, pero se hizo más intenso bajo Carlos V. Sánchez Montes lo acredita con textos de Fernández de Oviedo, Fray José de Sigüenza, Fray Antonio de Guevara, Santa Cruz, Ginés de Sepúlveda, poesías diversas, las Cortes de Valladolid de 1527 y Alfonso de Valdés. Este último escribió una vez: «Paresce que Dios ha dado esta victoria al Emperador para que pueda no solamente defender la Cristiandad e resistir a la potencia del Turco, más asosegadas estas guerras civiles... ir a buscar los turcos y moros en sus tierras y, ensalzando nuestra sancta fe católica, como sus pasados hicieron, cobrar el imperio de Constantinopla e la Casa Sancta de Jerusalén, que por nuestros pecados tiene ocupada». VALDÉS, A. DE, *Relación verdadera de las nuevas de Italia, sacadas de las cartas que los capitanes y comisarios del Emperador y Rey nuestro Señor han escrito a Su Majestad, vista y corregida por el señor Gran Canciller e Consejo de Su Majestad.* Transcripción de A. PAZ, *Documentos Archivo Biblioteca Medinaceli*, 6.ª serie, Bibliográfica, 197. Apud SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, pág. 105.

[94] GARCÍA ARENAL, M., «Carlos V y los musulmanes», en *Torre de los Lujanes*, 41 (abril 2000) págs. 77-86. «Todo tipo de documentación, sean las actas de las cortes y corts, correspondencia de la Emperatriz y de personajes del gobierno de su regencia y de otras entidades, crónicas e incluso fuentes literarias concuerdan en mostrar que los reinos españoles durante el gobierno de Carlos V veían sus intereses centrados en el Mediterráneo y muy en particular, en la zona norteafricana que se extiende desde Argel a la costa atlántica». GARCÍA ARENAL, art. cit., pág. 81.

[95] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.,* págs. 61-63. Adriano de Utrecht, el Consejo Real y el obispo de Oviedo, Mexía o Santa Cruz, por el contrario, prevenían en fecha temprana al César contra los errores de Lutero. Por su parte, Juan Ginés de Sepúlveda confiaba en los esfuerzos de Carlos.

Con todo, se mantuvo por mucho tiempo la esperanza de una solución final del problema luterano, al igual que una gran confianza en el Emperador como «campeón de la Fe Cristiana, y, con ello, en aparente contradicción, una preocupación creciente y operativa por la expansión del protestantismo[96]. Que Carlos «estaba preocupado por el problema luterano más que por ninguna otra cosa de este mundo lo sabemos según explícito testimonio. Trabajosamente..., todos los medios van agotándose sin un resultado positivo que permitiese la reintegración de la Christianitas»[97].

Las posiciones imperiales ante el problema protestante variaron al compás de las circunstancias, pero la etapa posterior a 1548 fue de confrontación y la posterior a 1552, de declive y resignación. No conocemos bien las huellas de esta evolución en el pensamiento y el sentimiento de los españoles. Y aunque no deja de asociarse a los turcos y protestantes como «fuerzas ajenas a la *Christianitas*», no son muchos los testimonios que plantean la cuestión[98].

Tampoco es fácil precisar la opinión ante la política del Papado. Era mayoritaria la adhesión a la reforma de la Iglesia[99] y el respeto al poder espiritual de los pontífices, pero las elites no siempre aprobaban, ni la moral personal de los papas, ni sus decisiones políticas. «Remisos y poco avisados en la solución de la escisión alemana, favorecedores de Francisco I, aliado con los turcos, ambiciosos de redondear posesiones familiares o particularistas, pocas veces alcanzaron a comprender el valor [de la amistad con el Emperador]. Con su actitud agregaron, aun de modo inconsciente, las resquebrajaduras de la comunidad cristiana. Se ganaron, además, la animosidad de gran número de españoles, que vieron en ellos un poder *político* opuesto a los fines buscados por Carlos V»[100]. El saco de Roma suscitó un alud de opiniones

[96] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses*, 65, y ss. —exhuma diversos textos: una curiosa copla y párrafos de la Crónica de Santa Cruz—, II, 457.

[97] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, 1951, pág. 131.

[98] Véase SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, 1951, págs. 70-72 y 89-93. En estas últimas explica la ambigua postura de Lutero frente a los turcos y la declaradamente antiturca de muchos alemanes y de no pocos protestantes.

[99] «Los españoles advierten... la [necesidad]... de la reforma católica de la Iglesia. Y aquí la severa actitud de los moralistas, al desplegar sus velas, revela también una acre actitud española hacia la línea política que los diversos Pontífices siguen, considerada adverso a las empresas de Carlos V. En aquel atolladero los españoles distinguen entre el poder político del Papado y la suprema categoría que el Papado representa. Se oponen al primero y acatan la segunda. Porque sabían —les aplico la expresión usada por el César— que "no habían nacido ellos para ser verdugos de los vicios del Papa"». SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses, protestantes, turcos*, pág. 131. En apoyo de su tesis el recordado catedrático de Granada —*Franceses*, 65-72— trae a colación textos de Santa Teresa de Jesús y el Almirante de Castilla que identifican casi a los malos cristianos con los luteranos y claman por la reforma de la Iglesia y atribuyen al Emperador la responsabilidad de ponerla en marcha. Sobre la necesidad de articular la deseada reforma, en concreto, y conocer un cambio general se dejan oír muchas voces de españoles, en algunos casos, ilustres, y en otros, no tanto.

[100] SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.*, 1951, pág. 75.

en contra o a favor de la política imperial[101]. Entre estas últimas, tuvieron especial resonancia las de Gattinara y Alfonso de Valdés, Vives, el secretario del cardenal fray Juan de Toledo, Hugo de Moncada, Diego Hurtado de Mendoza, Melchor Cano, A. de Santa Cruz o la ya tardía del duque de Alba[102].

No faltan autores, sobre todo franceses, alemanes, ingleses, que interpretan con matices diferentes a lo expuesto por algunos de los especialistas antes citados el común sentir de los súbditos hispanos del Emperador.

J. Pérez, por ejemplo, cree que los españoles, pese a que proporcionaran hombres, dinero u otros medios, no aceptaban «seguir a Carlos V en sus grandes proyectos»[103]. «Ni la croisade contre les turcs ni la lutte contre le protestantisme ne susciteront l'enthousiasme des Espagnoles en dehors de quelques ambieux restreints d'intellectuels —les disciples espagnols d'Erasme, notamment—. Au fond, même les plus fidèles serviteurs de Charles V —à commencer par son épouse— considèrent, comme les comuneros, que l'Espagne n'a rien à gagner à lier son sort a l'Empire; ils n'osent pas le dire ouvertement, mais leur attitude est on ne peut plus claire et l'empereur le sait; il en fait l'aveu à son frère Ferdinand dans une lettre datée de Bologne, le 11 janvier 1530. "En Espagne aborissent tout ce que j'ay despendu de ce reaulme [l'Espagne] pour ceste Italie".» Años antes, en 1526, cuando el Consejo de Estado pedía sermones para «atraer la atención sobre los peligros que corría la cristiandad e invitar a los fieles a aportar sus óbolos a esta causa», no hablaba con en el corazón. Y más claras en su hostilidad son las Cortes, que, en 1527, rehusan financiar una expedición militar para descartar la amenaza turca en Hungría[104].

Pérez trae a colación más testimonios para perfilar su tesis. Explica, por ejemplo, que las Cortes en 1532 habían dicho: «la guerra contra los turcos no concierne a España». Y Tavera, en una carta a Carlos de 1529, más que preocuparse por el turco, los franceses o los protestantes, se centra en África. «Lo que cuenta para España», dice, «es África; el resto [de la política imperial] es aire». La correspondencia entre Carlos V e Isabel, en opinión de Jover[105], muestra que la regente compartía los puntos de vista de sus consejeros; así felicita a su regio esposo por el éxito en Túnez, en 1535, pero añade que esa victoria aprovecha sobre todo a Italia, y España hubiera preferido que se atacase a Argel, que era, para ella, una amenaza más concreta. En otra ocasión, Isabel pide a su marido que se haga la paz con Francia y que no se ocupe más que de España.

---

[101] CHASTEL, A., *El Saco de Roma*, Madrid, 1997, sobre todo, cap. I.

[102] BATAILLÓN, M., *Erasme et l'Espagne*, París, 1937; SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses..., op. cit.*, 1951, págs. 72-83.

[103] PÉREZ, J., *Charles Quint*, págs. 91-92.

[104] PÉREZ, J., *Charles..., op. cit.*, pág. 93.

[105] JOVER, J. M., *Carlos V y los españoles*, Madrid, 1963, especialmente, págs. 21-183 y 185-223.

¿Hubo, por tanto, divorcio entre el Rey de España y sus súbditos? «Pas exactement», concluye Pérez, «les Espagnols, finiront, sinon par partager son idéal, du moins par admirer sa hauter de vue. On sent un rapprochement dans les derniers années du regne: Charles Quint s'hispanise et les Espagnols éprouvent malgré tout la fierté á être gouvernés par un homme superieur». Poco a poco, subraya J. L. Castellano, «se va produciendo la identidad entre el Emperador y los súbditos del rey de España. "Imperio y España" o ¡España!, ¡Imperio!, son gritos de guerra en la boca de los soldados españoles —los cronistas de Carlos V se encargan de resaltarlo—. Al fin, parece como si todos se alegraran "de poseer un monarca a cuyo lado los restantes soberanos son 'solamente' reyes. Hacer la historia de la mutación —explicaba hace años Sánchez Montes—, sería nada menos que escribir la historia española de Carlos V"»[106].

¿Triunfó Carlos V en sus aspiraciones? Sólo parcialmente. El mismo, con la vista puesta en el pasado, confesaba: «No pude ejecutarlas como quisiera, [por] el estado y embarazo que me han hecho los herejes de Lutero y de los otros innovadores herejes de Alemania, parte de los príncipes vecinos y otros, que por enemistad y envidia me han sido contrarios, metiéndome en peligrosas guerras, de las cuales con el favor divino, hasta el día he salido felizmente»[107].

[106] CASTELLANO, J. L., «Estudio...», *op. cit.,* pág. XVII, y SÁNCHEZ MONTES, J., *Franceses...*, *op. cit.,* 1951, págs. 21-22.

[107] En *Conservación de la monarquía,* BAE, t. XX, pág. 496. Apud CASTELLANO, «Estudio...», pág. XIX.